

Un debate sobre el arte

Hay conceptos e ideas que se zafan a la capacidad del hombre para definir, delimitar o encuadrar a la realidad material y espiritual circundante con el fin de encajarla en la propia «rejilla» o red comprensiva de sus percepciones y conocimientos. Capacidad, por otra parte, que le permite apropiarse de la sustancialidad verbal o conceptual de las cosas y utilizarlas en su propio provecho.

Esta resistencia o viscosidad de ciertas abstracciones conceptuales no impide que queden fijadas en los códigos de la comunicación mediante términos más o menos unívocos y determinantes —palabras o derivaciones de palabras— extraídas frecuentemente de lenguas ya inertes y sin evolución que, por tanto, ofrecen significaciones rígidas, incluso para nociones virtualmente cambiantes. Así, la opacidad semántica favorece el debate filológico y filosófico, y una notable discrecionalidad en el empleo de algunas denominaciones.

Éste es, a mi modo de ver, el caso del vocablo «Arte», usado y abusado en múltiples discursos; atribuido como sello o marchamo de prestigio; troquelado como adjetivación revalorizadora sobre objetos exóticos para aumentar su aprecio y su precio y, cómo no, colocado en el centro de reflexión de innumerables libros y tratados sin que aún podamos dar como cierta e indiscutible ninguna de sus numerosas definiciones.

Renuncio ya, desde el comienzo de mi aventura especulativa sobre la cultura y el arte —o sobre el arte en el contexto de la cultura— a cualquier referencia erudita, a cualquier cita sobre opiniones, frases o

escritos emitidos por los innumerables tratadistas que han orientado sus plumas y pensamientos por estos vericuetos analíticos del «Arte»; desde los inevitables Aristóteles o Platón, hasta los más sonoros y actuales ensayistas en la materia, como R. Arnheim, Jan Bialostoki, Arnold Hauser, Erwin Panofsky, Pierre Francastel, y otros muchos excelentes navegantes de tan procelosas aguas y que han sido más citados que leídos en los manuales del ramo.

Mi intención —confesada y confesable— al tomar la palabra en este debate, es bien humilde y carece de ulteriores pretensiones: solamente apunta a subrayar ciertas connotaciones del arte como forma o manifestación cultural, destacando aquellas peculiaridades o aspectos de la cultura de los pueblos —la que haya sido engendrada, gestada y parida por ellos mismos— que puedan considerarse artísticos.

Insisto. Mi papel en esta obra es más pobre que el de los «malditos» en el Tenorio; pero, si mis torpes reflexiones suscitan en los lectores una brizna de nuevas consideraciones y replanteos sobre las ideas aprendidas, o si incitan al debate y a la discusión sobre el arte y la cultura, ya se habrán superado los objetivos que me he propuesto al escribirlas.

Suelo dar a mis jóvenes alumnos de arte una definición muy relativizada y simple sobre esta materia; definición que seguramente he sacado de algún tratado de paradojas y tautologías: «Arte es lo que hacen los artistas». Y ante la mirada atónita y divertida de los pocos que suelen atenderme, aclaro: «Artista, por otra parte, es todo aquel individuo que se dedica a hacer arte».

¡Así no hay discusión posible!

De otros tratados y autores menos sincopados, uniendo y zurciendo ideas, insinuaciones, visiones analíticas o interdisciplinares vertidas aquí y allá, he llegado a la conclusión de que arte puede ser toda actividad o trabajo humano cuyo resultado sea un objeto material único —la obra de arte— engendrado por la intuición o inspiración de su creador; cuyo destino sea comunicar a los demás un mensaje, una emoción o sentimiento, un raciocinio, etc.; para lo cual se sirve de un lenguaje literario, icónico, cromático o musical, codificado en una serie de signos y símbolos ideales, que pueden ser interpretados a través de los canales generales de la cultura de cada pueblo.

En definitiva —entresacando del texto los términos que creo más expresivos y contundentes—, el arte es trabajo humano sobre objetos materiales, debido a una concepción intelectual, que llamamos inspiración; es comunicación, lenguaje, canal y código para transcribir sobre él los mensajes o lecturas que comportan la cultura en cada momento de la historia.

Explicar cada una de las proposiciones en las que se divide la definición nos llevaría lejos; nos conduciría a plantear un ensayo de proporciones más dilatadas de lo que debe ser un «Editorial» de la Revista ALCÁNTARA; por ello, creo prudente dejar el debate en suspenso, sobre la mesa, como reto para un futuro y documentado trabajo que pueda ocupar un amplio espacio en la sección de «Estudios e Investigaciones» firmado por alguna pluma mejor informada y sugerente que la mía.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT
Director